

Felicia Fuster. Una creadora polimórfica

Joan Miquel Porquer Rigo



Fel, Fel Fusté, Felícia Fuster o FSTR... Son solo unas cuantas de las maneras en las que firmaba unas obras a las que pocas veces dotaba de nombre –dicen que para no condicionar la visión del espectador. Conocida especialmente por su papel como poeta (Fuster, 2010), y como traductora al catalán de versos japoneses (Fuster y Sawada, 1988) y de literatura francesa (Youcenar, 1984), Felicia Fuster y Viladecans (Barcelona, 1920–París, 2012) fue también una polifacética creativa pictórica.

La de Fuster fue una vida de movimientos y de cambios, a caballo entre dos ciudades que la marcaron, Barcelona y París. La primera la vio nacer, formarse y la acercó a los primeros contactos con el mercado del arte y la publicación literaria. La segunda la sedujo creativa e intelectualmente. La Ciudad Condal se convirtió en un recuerdo familiar y la metrópoli gala en un lugar para vivir y desarrollarse.

Desde muy pequeña demostró el gusto por las artes y bien pronto entró a formarse en artes decorativas y pintura en las escuelas de su ciudad natal. Cuando estalló la guerra y llegó el franquismo, no tardó en sentir que debía salir del país para encontrar una auténtica paz y libertad personal, en un anhelo que la acompañaría toda la vida y que se convertiría en leitmotiv de su obra. Después de una exposición en la galería Syra de Barcelona, de ganar un premio de artes plásticas en el Museo de Artes Decorativas de Madrid y de publicar una primera compilación de poemas, el 1951 viajó por el viejo continente hasta que recaló en la ciudad de las luces, en la que se instaló poco después.

Desarrollaba por entonces una actividad artística centrada en la artesanía esteticista, especialmente en cuanto al vidrio grabado al ácido –del que había perfeccionado la técnica durante sus estudios. La artesanía, sumada a la pintura naïf de unos años más adelante, serían constantes productivas a lo largo de su carrera. Durante aquellos primeros tiempos en París exploró también la pintura figurativa, de tonos oscuros y empastados. Puede que este aspecto sombrío previera un periodo de parada creativa que se produciría a lo largo de los años 60 y principios de los 70, y donde se dedicaría a tareas más prosaicas para garantizarse la supervivencia y un futuro más tranquilo: primero fue maestra de español, después administrativa en prestigiosas agencias de publicidad.

Los años de sequía la hicieron desatarse del figurativismo, y una pasión renovada por la técnica la llevó a utilizar cada vez más una paleta de colores contrastados, más saturados y eléctricos: rojos fuego, azules cielo, negros y blancos. Se vistió de abstracción, se acercó al informalismo que entonces triunfaba en su Cataluña natal. Desarrolló lo que se han venido a denominar «abstracciones oníricas», el inicio de su obra más personal. Lola Donaire (2008), profesora e historiadora del arte, define que:

«Dentro del contexto de la época, estas pinturas parecen anacrónicas, más cercanas a la época de las vanguardias modernas, como

suspendidas en el tiempo. Aun así, en esta sensación de atemporalidad se trasluce la subjetividad y el profundo individualismo que tendrá pleno sentido en la década posterior» (p. 21).

Los 80, pues, son los mejores años de producción de Felicia. Tiene que ver especialmente con esto un viaje a Japón –el 1986–, de donde volverá embelesada por la simplicidad y la *necesidad de sugerir*. Es la década de sus *haikús* y *tankas* –formas de poesía japonesa–, pero también de las «abstracciones cósmicas»: las *Plurivisiones*, como ella misma las denomina, son una serie de obras bidimensionales (pinturas, collages y grabados) producidas en técnica mixta: piezas de medidas y formatos múltiples, de líneas muy definidas, de formas geométricas, de aspecto efectivamente *cósmico*; planos de luz blanca que se extienden sobre fondos oscuros, visibles desde uno y desde cualquier punto de vista; de soportes irregulares o circulares, algunos de ellos rotatorios, encima de una base susceptible de movimiento mecánico o manual o sobre la pared. Son, quizás, la culminación adecuada y el símbolo de una carrera oculta y de una producción ecléctica y poliédrica. Es entonces cuando:

«su trabajo se ha desprendido de influencias historicistas y las imágenes polimórficas de sus obras, ricas en elementos compositivos, son tan libres de carga expresiva y emocional, el sentido de la pintura expresionista, como del determinismo y el reduccionismo geométrico» (Donaire, 2008, p. 23).

La de Fuster es en definitiva una obra atemporal, a la búsqueda permanente de la singularidad, la individualidad y la autenticidad. Una individualidad que, de una manera u otra, la alejará de los círculos artísticos barceloneses y parisinos de su contemporaneidad y la relegará al desconocimiento. Y, apenas ahora, la podemos empezar a reencontrar.

Donaire, Lola (2008). La pintura de Felicia Fuster: Abstraccions a l'era postmoderna. En Fundació Felicia Fuster (Ed.), *Felicia Fuster. Obra Plàstica*. Barcelona: Fundació Felicia Fuster

Fuster, Felicia (2010). *Obra poètica. 1984–2001*. Barcelona: Proa

Fuster, Felicia y Sawada, Naoyuki (1988). *Poesia japonesa contemporània*. Barcelona: Proa

Youcenar, Marguerite (1984). *Obra negra*. Barcelona: Proa